

# ÁNGEL GANIVET ANTE EL DEBATE SOBRE LOS MODOS DE COLONIZACIÓN. A PROPÓSITO DE LA CONQUISTA DEL REINO DE MAYA POR PÍO CID

José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD  
(Universidad de Granada y Centro de Investigaciones  
Etnológicas Ángel Ganivet)

BIBLID [0213-2370 (1997) 13-2: 75-96]

*A partir de La conquista del reino de Maya por Pío Cid, la primera novela de Ángel Ganivet, se reflexiona sobre la influencia que el colonialismo europeo, y en especial belga, ha tenido en la elaboración de su obra. Ganivet opone los modos de colonización ibéricos a los de su época, excesivamente utilitarios a su juicio para lograr el efecto que se proponen, es decir civilizar. Esta pulsión literaria ganivetiana le lleva a emplear el recurso, poco común en la literatura finisecular española, de la sátira.*

*This article discusses Ganivet's first novel 'La conquista del reino de Maya por Pío Cid', and deals with the influence on Ganivet's work of European colonialism, especially that of Belgium. He compares Portuguese and Spanish ways of colonization with others which are more utilitarian and which, in the end, are shown to be incapable of bringing about civilization. To make this point Ganivet uses satire, an uncommon genre in Spanish literature of the period about 1900.*

1. Es bien conocido que Ángel Ganivet obtuvo, tras oposición al cuerpo diplomático, plaza de vicecónsul de España en Amberes, entonces la gran ciudad comercial de Bélgica, puesto que ocupó desde julio de 1892 hasta finales de 1895, fecha en la que fue ascendido a cónsul de segunda clase, con destino en Helsingfors (Gallego 1997, 39-40). En el tiempo que vive en Amberes son varios los acontecimientos de interés que acaecen en su vida: muere su madre, y nacen sus hijos –naturales, en términos de la época– Natalia y Ángel Tristán; Natalia morirá al año.

Visitará Granada en dos ocasiones. Las observaciones sobre Amberes y Bélgica las envía epistolarmente a familiares y amigos con los que se cartea. Por esta correspondencia sabemos que sus relaciones con el canciller, el tercer hombre del consulado, no eran buenas, ya que a pesar de los halagos que recibía de éste, Ganivet no transigió, como vicedónsul de asuntos económicos que era, con sus negocios ilícitos. Esto parece que lo llevó a un cierto autoaislamiento, o quizás más exactamente reserva social.

Desde el punto de vista epistolar mantuvo la correspondencia más intensa con su amigo Francisco Navarro Ledesma, el cual había conocido en su estadía madrileña; correspondencia que es la mejor fuente de documentación sobre la más lograda de sus novelas, *La conquista del reino de Maya por Pío Cid*, publicada en Madrid en 1897. La obra estaba terminada, o casi terminada, al salir Ganivet para su nuevo destino en Helsingfors, en diciembre de 1895. En dos cartas sucesivas, las últimas remitidas desde Amberes, dirá: "Ya acabé el libro: 406 cuartillas bien menudas", escribe en la primera, si bien en la segunda relativiza ese final: arguye estar deseando acabar el libro "aunque sea para guardarlo" (Herrero 1967, 262-263). Es la obra referencial para abordar las posiciones de Ángel Ganivet ante el debate sobre los modos de colonización.

*La conquista del reino de Maya...*, de trasfondo africanista, podríamos tener la tentación de ubicarla en las corrientes exotistas del fin de siglo que fueron tan influyentes en especial en los ambientes francófonos. Sin embargo, su estructuración paródica evita lo peor del exotismo, es decir la asimilación de la alteridad negroafricana a un estereotipo racial o categoría estética, entiéndase a una figura de fondo en un marco en el que los actantes occidentales llevan a efecto sus aventuras en calidad de protagonistas. En la estructura de la novela de aventuras finisecular esa es la lógica. Así se ha dicho acertadamente, que "es a través del exo-

tismo y la explotación de los escándalos políticos como el público vive las colonias”, lo cual tiene un reflejo inmediato sobre la producción literaria europea. En conjunto esta visión exótica, por ejemplo, “disimula a los franceses los conflictos y la naturaleza del colonialismo si no modela su actitud mental vis-à-vis de los pueblos colonizados y de los colonizadores” (Astier 1971, 4). Sin lugar a dudas, el exotismo es el gran mecanismo de mixtificación de la alteridad en época colonial (Alcantud 1993). La crítica literaria y artística anticolonialista así lo ha hecho notar (Nederveen 1992, 224 ss).

Siendo esto cierto en términos generales, la relación entre el exotismo y la literatura presenta algunas vertientes más intrincadas, de lectura no tan inmediata aunque el producto final sea el descrito. Puede ser interpretado también, “como producto de una consciencia creadora ensoñando lo extranjero, como forma literaria expresando la sensibilidad exótica de una época, como signo (...) de la historia colonial europea, el exotismo llama a un estudio complejo, donde coincidan historia de las ideas, historia literaria e historia internacional” (Moura 1992, 15). Esto se ve en aquellas obras que escapan a la vulgaridad exotista, en las que es obvio el vínculo colonialismo igual a literatura de evasión aventurística. Esta formulación del exotismo fenomenológico queda perfectamente expresada en la mirada de Víctor Segalen: “El exotismo –escribirá– no es entonces el estado caleidoscópico del turista y del espectador mediocre, sino la reacción viva y curiosa al chocar una individualidad fuerte contra una objetividad en la que se percibe y gesta la distancia” (Segalen, 38).

En el caso de *La conquista del reino de Maya...* nos enfrentamos a una obra compleja, que evidentemente no puede ser conceptuada como literatura exotista, ni en la versión procolonial ni en la fenomenológica. Ganivet no se inclina ni por la aventura ni por el diletantismo. La suya es una obra literaria de reflexión *po-*

*lítica* en clave burlesca que emplea recursos diversos, entre ellos el primitivista, dirigido a exponer los problemas de España, la sociedad del autor (Fernández). Más bien la trama de fondo tiende a conectar con el casticismo, verdadero producto del debate intelectual en la España finisecular.

La complejidad interna de la novela ganivetiana no puede sin embargo serle adjudicada intencionalmente al autor. De hecho Ganivet se propone construir un texto inteligible para el común. En su correspondencia con Navarro Ledesma, reconoce que la obra que escribe responde a un impulso de escribir “a lo que salga”, y que carece de una idea motriz prefijada: “Porque así como de todos estos proyectos anteriores tengo precisa y completa idea y hasta palabra y título para expresarlos, de la obreja que estoy a punto de acabar, no tengo más que un recuerdo confuso, y a derechas no sé lo que quiere decir ni sé como se ha de llamar. Y no lo tomes a broma. He ido escribiendo a lo que salga, y sólo he corregido en segunda lectura algunas palabras y conceptos demasiados brutales; he metido las cuartillas en la cómoda y allí están esperando a sus compañeras. Veremos si en lo que queda de mes acabo la faena, que no es pequeña para mí hilvanar más de 400 cuartillas de letra menuda” (Navarro Ledesma, 16-IX-1893). Esta ausencia de coherencia inicial, que reconoce Ganivet, impide llevar el análisis textual por los caminos de la congruencia interna de la obra. Si esto lo dice en plena tarea de escritura, al final del texto, cuando restan dieciséis páginas para finalizarlo, vuelve a hacer una confesión indirecta de falta de coherencia teleológica: “Los verdaderos escritores no buscan el placer en la obra terminada; el placer está en el esfuerzo, no en la obra, porque esta es siempre despreciable para el que la compuso. Quédese para la muchedumbre, en la cual existe un fondo permanente de salvajismo, la admiración por los hechos consumados” (Ganivet 1897, 371). El estilo ganivetiano es épico

e impulsivo, y por consiguiente hay que dirigir los pasos del investigador más hacia lo con-textual que a lo inter-textual. Sólo así podemos interpretar la importancia que adquiere la correspondencia en los análisis ganivetianos.

En primer lugar, en relación con la contextualidad hay que subrayar el carácter subalterno que ocupa Ganivet en la representación diplomática española en Amberes. Se trata de un simple vicecónsul, categoría diplomática que frecuentemente suele adjudicarse con carácter honorario, y es su primer destino. La función subalterna del puesto lo refleja el que el cónsul le prohibiese indagar en el asunto de una carga de armas que, con destino al ejército español en Melilla, recaló en Amberes, ya que a juicio del cónsul, Ganivet era “demasiado joven” (Navarro Ledesma, 17-IX-1893). Ganivet asiste pues desde su posición de funcionario subalterno al reparto colonial de África y a las aventuras de Leopoldo II, rey de Bélgica. Sabe que España libra en este campo una desigual batalla, en la que la crisis de Melilla de 1893 era sólo un índice. La crisis melillense se había desatado por un ataque de los rifeños que hizo peligrar al presidio, y el gobierno se vio obligado a hacer una tardía leva masiva, y a enviar por Europa misiones a la compra de armas modernas, una de cuyas consecuencias era el paso por Amberes de la precitada carga. Ángel Ganivet sabe por experiencia que cualquier intento político por salir a flote en esta crisis está bloqueado por los complejos mecanismos de la corrupción funcional, de los cuales él mismo tiene un ejemplo bien cercano: el canciller del consulado español en Amberes. Tal que insinuamos, este personaje pronto se le mostró como un individuo corrupto. Sus corruptelas acabaron colmando la paciencia del cónsul y de Ganivet. La intrepidez del canciller le llevó a vender clandestinamente los visados de entrada en Amberes con motivo de cierta epidemia de cólera que obligaba a guardar cuarentena a los viajeros. Como el asunto saltara a la prensa, el canciller fue

destituido en noviembre de 1893. Ganivet había de tomar buena nota del estado moral del funcionariado (Herrero 1964, 277).

El periodo de Amberes en la vida de Ganivet es una época de tránsito, que podemos observar inclusive en la evolución de su letra. Se ha dicho sagazmente: "En estos dos años la letra de Ganivet degenera y su firma pierde la bella ponderación y valiente soltura de rasgos que lucía al hacer las oposiciones (...) Es ya la firma del que escribe deprisa, como contrariado, y porque no tiene más remedio" (Cervera, 171). Son observaciones externas a la vida de Ganivet, ya que su correspondencia amical y familiar es muy hermética respecto a sus sentimientos íntimos, y la correspondencia oficial no alumbraba ningún detalle personal tampoco. Pero a ojos vista, Amberes es una etapa de tránsito entre su natal Granada y el destino final en Helsingfors.

2. El debate sobre el colonialismo y sus virtudes o defectos suele estar ligado al sentir nacionalista. Muchos de los polemizadores emplearán argumentos contra la potencia contraria extraídos de las fallas y escándalos de la obra colonizadora de las metrópolis. Así, por ejemplo, los franceses utilizaron los escándalos de los belgas en la colonización del Congo para ensalzar su propia obra imperial y civilizadora. En esa línea, "la obra de Félicien Challaye consagrada a la memoria de Brazza, muerto en el cumplimiento de la misión de encuesta que le había sido confiada, se abre con un prefacio de Charles Péguy (...), donde no duda en alzar el tono para celebrar la grandeza de la obra colonizadora de Francia" (Girardet, 167). Las tesis del primer ministro Jules Ferry, desde 1880, respondían en Francia a esa lógica: Francia tenía la misión no claudicable de llevar la civilización a los pueblos inferiores. Y ello quedaba demostrado por la superioridad de su sistema de colonización. En un principio, los franceses achacaron las insuficiencias del sistema colonial inglés, a que los britá-

nicos no cuidaron de extinguir la esclavitud, y a que mantuvieron a los trabajadores indígenas en condiciones de inferioridad laboral: “La decadencia del arte y de la industria en la India tienen dos causas que deben, si persisten, precipitar su muerte; de una parte el desprecio del trabajador, de otra la exigüidad de su salario” (Poitevie, 140), son argumentos frecuentes en la Francia colonial.

Bélgica, en el período finisecular participa muy activamente de la vida internacional, lo que siempre era fuente de debates sobre los modos y formas de colonización. El mismo Ganivet participará como miembro del jurado en uno de estos acontecimientos: la Exposición Universal de Amberes de 1894. Recuerda Gallego Morell que Ganivet frente a “los discursos, las recompensas y la vida social que la Exposición arrastra y en medio de tanta algarrabía siente la nostalgia de la patria” (Gallego, 98). No parece sentir nuestro autor mucha atracción por este tipo de eventos. En realidad, Ganivet confiesa que no hay “nada más aburrido que vivir entre personas ocupadas en negocios de dinero”. Lo cierto es que en las Exposiciones se ventilaban numerosos negocios referentes también a las colonias, sobre los que Ganivet no siente ninguna atracción.

Leopoldo II de Bélgica actuó como individuo privado más que como estadista en el Congo. Leopoldo creó un sistema de explotación colonial que ha sido conceptualizado como exitoso desde el punto de vista económico: “El ‘éxito’ del sistema belga residía en la unidad de su dirección: el agente territorial era responsable, a la vez, del poder administrativo y de la recogida de los productos, y recibía un anticipo y primas proporcionales a la importancia de la cosecha que organizaba a su manera gracias al impuesto en trabajo (...) y al trabajo forzado” (Coquery, 91). Al parecer este despiadado sistema de explotación colonial, que tanto irritaba a Ganivet, era una idea muy personal de Leopoldo. “Leopoldo –se ha dicho– puede, por tanto, considerarse razonablemente como el

imperialista económico conceptual de fines del siglo XIX cuyas ansias de ganancias no estaban entorpecidas por el humanitarismo, la presión de la opinión pública interna o consideraciones diplomáticas y estratégicas” (Fieldhouse, 388). La razón por la cual la voracidad leopoldina no recibió oposición internacional, según Fieldhouse, fue la promesa del rey belga de abrir el corazón de África al librecambismo. Una argucia política, ya que él mismo era partidario de los monopolios en la práctica.

El impacto de los acontecimientos del Congo en España fue grande entre élites tales como los individuos agrupados en la Sociedad Geográfica de Madrid. En la Memoria de 1888 sobre los trabajos geográficos en curso presentada por el secretario de la Sociedad, don Martín Ferreiro, se observa un seguimiento de talledo de los acontecimientos contemporáneos, inclusive de la expedición de Henri Stanley, iniciativa que tanto habría de influir en “*La conquista...*” (Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, XXV, 1888, 308-317). Más adelante, en la misma Sociedad madrileña, decidida impulsora de la colonización africana, y entre cuyos socios figura un general de ingenieros de Amberes, se presenta un cuadro completo del Estado Libre del Congo en 1891. Según se extrae de este último informe, los espacios congoleños eran considerados lugares vacíos de civilización, en un grado cero humano y social, que había que cubrir. Así, tras constituirse el Estado Libre del Congo, se forma en Bruselas un Gobierno de este Estado con tres departamentos administrativos que se encargarán entre otros cometidos de legislar, introducir el régimen penitenciario y el registro civil. Desde el punto de vista económico es tarea de los nuevos colonizadores el sacar adelante el “régimen de la propiedad”: “Reduciendo las formalidades a su mínimo, ofreciendo a los propietarios una seguridad tan grande como posible, realiza un desideratum de la ciencia económica moderna; facilitar la circulación para que la propiedad territorial

llegue lo más pronto posible a manos de los que mejor partido sepan sacar de ella” (Anónimo, 129). Ciertos avances como la higiene, el servicio postal y la evangelización, vendrán acompañados por algunos otros de tanta trascendencia como la introducción de la “moneda”: “En 1886 casi no se usaba la moneda (...). Desde principios de 1890, la administración ha cuidado de enviar cierta cantidad de moneda hasta las estaciones más lejanas, con el fin de que comprenda su uso la población indígena”. El proyecto de Leopoldo se presenta de esta manera como una empresa absolutamente civilizadora, aunque oculte otros intereses mucho más pedestres. Ganivet se hace eco de esa empresa haciendo del argumento central de *“La conquista...”* una obra de civilización, entramada en condiciones de grado cero cultural. Esta contextualidad es con seguridad más importante que los rastros y retazos de intertextualidad, de búsqueda del “collage” de influencias literarias, aunque sin lugar a dudas las haya.

La repugnancia ganivetiana al proyecto leopoldino es manifiesta: En carta a Navarro Ledesma le comenta: “Cualquiera que piense, no ya con la cabeza, sino con los calzoncillos, comprende que no se trata de la felicidad de la raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo; se trata de un negocio en grande escala, en el que el buen Leopoldo tiene metidos buenos millones” (Navarro Ledesma, 10-v-1893). Su punto de partida puede ser conceptualizado sin forzar la argumentación, como una actitud anticolonial frente al proceso puesto en marcha en África tras la conferencia de Berlín.

3. Los teóricos del anticolonialismo en España; paradójicamente no actuaron movidos por criterios nacionalistas, por oposición a las principales naciones expansionistas, sino que lo hicieron, bien en nombre de las nacientes repúblicas americanas, bien del liberalismo, e incluso de un anarquismo que niega toda razón

a las aventuras coloniales. Pero siempre hay un trasfondo contra las modernas colonizaciones extranjeras. El principal representante del anticolonialismo liberal español de la segunda mitad del siglo XIX, Rafael María de Labra, no puede por menos que hacer mención igualmente a la *mejor disposición* de las colonias españolas para la abolición de la esclavitud: “Nuestras Antillas están extraordinariamente mejor preparadas que las colonias extranjeras para la abolición de la esclavitud”, dirá en 1869 (Merle, 286). Las ideas “anticoloniales” de Labra, seguramente el político español que mayor tiempo y energías dedicó a este tema en el siglo XIX, no dejan de ser peculiares. Distingue en su discurso en el Congreso del 3 de junio de 1898, titulado “Nuestras Colonias de África”, entre los problemas derivados de la colonización, es decir, de la llegada de los europeos, los de la reducción, y los del suave dominio establecido sobre los indígenas, y el “problema internacional”. Referente a este último, se opone a que se considere la cuestión colonial en España como un asunto “interior”: “Ni por el propio concepto de derecho colonial en principio, ni por las condiciones fundamentales de la población de todas las colonias (...) por ningún modo puede gobernarse nunca una colonia sin contar con los pueblos extranjeros” (Labra, 503). También se queja de que, alejados del debate colonial internacional, no hemos creado un cuerpo de funcionarios especialistas en la vida colonial, ni tampoco otorgado las condiciones hacendísticas necesarias para lanzar una corriente humana de inmigración hacia Guinea. Se rebela asimismo frente al hecho de que siempre se recurra intelectualmente al recurso de oponer la superioridad de nuestra colonización a la europea de la época, basando esa supuesta superioridad en el antiguo Derecho de Indias. Labra, lejos de la autosatisfacción, se opone a los antiguos modos de colonización ibéricos: “Mientras no se garantice la libertad en aquellos países;

mientras no se garanticen especialmente las libertades de religión, de industria, de comercio y con ellas la seguridad individual de modo radicalmente opuesto al régimen burocrático militar o al teocrático de que con tanta dificultad prescinde la España contemporánea en sus colonias". Ya Labra había librado una intensa campaña en años anteriores por la autonomía política de las Antillas, a cuya ausencia adjudica ahora los males de la violenta descolonización en curso.

Históricamente, la idea colonizadora del África negra se concreta en España en 1877 a impulso del propio rey Leopoldo II de Bélgica. Se reúne un nutrido grupo de nobles, políticos e intelectuales, como Cánovas del Castillo, el Duque de Medina Sidonia, Federico Codera o Pedro Antonio de Alarcón, este último granadino como Ganivet y "Su Majestad se dignó dirigirles la palabra de la manera más cordial y afectuosa, diciéndoles que, contando con su buena voluntad en beneficio de la ciencia, de la humanidad y de la patria, los había reunido para formar una Asociación particular, con objeto de explorar y civilizar el África, a imitación de la que en Bruselas había fundado S.M. el rey Leopoldo de Bélgica". Hace mención expresa Alfonso XII a Leopoldo de Bélgica, "quien le había escrito sobre este asunto", y ello "le habían decidido y animado a organizar la Asociación española" (Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, Año II, v-1877, 11, 429ss.).

En síntesis, el africanismo español de fin de siglo estará orientado por el testamento de Isabel la Católica, que recomendaba la expansión norafricana como la culminación del proyecto reconquistador peninsular, y que empleaba a la vez todos los recursos retóricos contemporáneos sobre las similitudes y unidad de destino histórico de marroquíes y españoles (García Figueras). Esta débil ideología africanista surgió en oposición a aquellas otras que predicaban la introspección nacional o se oponían al expansionismo militarista por razones sociales. Pero además de es-

tos motivos propios, la filosofía africanista impulsada desde las Sociedades de Geografía y de Africanistas y Colonialistas, fundada esta última en 1884, al calor del mitin del teatro Alhambra, –evento que da nacimiento oficial al africanismo español–, está presente en el horizonte de sus animadores la oposición a la política de expansión francesa por el África central. Los frecuentes incidentes en Río Muni con Francia, por el expansionismo galo que tenía por finalidad ocupar el Congo mismo y la región de los Grandes Lagos, tuvieron una importancia nada desdeñable.

Por lo general toda la filosofía krausista hispana, que precede en parte a la Generación del 98, fue muy antigalicista. El antigalicismo krausista, sin embargo, no atendía a un patrón de xenofobia casticista. “La galofobia del jefe krausista [Sanz del Río] y de no pocos de sus discípulos provenía del convencimiento de que la cultura de Francia, desmenuzada críticamente en sus ingredientes principales, resultaba perjudicial al genio español” (López Morillas, 110). Se oponía fundamentalmente Sanz a que la filosofía francesa, que consideraba superficial y buscadora del aplauso del gran público, no dejaba ver otros modos de pensamiento. La opinión de Ángel Ganivet sobre el mundo francés era también contundente: “En Francia hay cuatro o seis mil gacetilleros o cronistas que sin una idea en la cabeza escriben con el aplomo de los grandes escritores (...). Ciertamente que esa gente menuda no hace cosa de gran provecho, pero tampoco hace daño; mientras que en España sólo sirve para arrasar el sentido estético de la nación” (Ganivet 1977, 73). Este antigalicismo en el que coincide con los krausistas, y también con la mayoritaria opinión pública, la hará extensiva Ganivet a la construcción de los imperios coloniales contemporáneos. Dirá del francés, concebido como una prolongación del afán de dominio iniciado con Napoleón y sus subsiguientes agresiones europeas: “Y persisten en la Tercera República en una forma aún más degenerada, las

conquistas coloniales, hechas a nombre de un pueblo que no es colonizador, que no puede ir más allá de la dominación política, del protectorado, porque su naturaleza repugna el abandono del suelo patrio” (Ganivet 1977, 36). Prevalece este sentimiento anti-francés sobre otras realidades contemporáneas, la más importante de las cuales es la ocupación de las islas Carolinas por Bismarck en 1885, que a pesar de su importancia no generó una corriente arraigada de antigermanismo.

La política de colonización francesa trazada en derredor de las exposiciones coloniales e internacionales organizadas en París, era la asimilación al modelo metropolitano: “Desde el día en el que Francia ha extendido su dominio sobre unos pueblos exóticos, los dogmas nacionales deben fatalmente engendrar la utopía de la ‘asimilación’” (Saussure, 83). Es una política que busca singularizarse y racionalizarse teóricamente frente a otros modos de colonización como el inglés o el belga. Por la misma época, desde distintas instancias se establecen paralelos sobre los modos de colonización de la diferentes potencias europeas. Así en el Congreso Internacional Colonial celebrado en Bruselas en agosto de 1897, cuando hace ya más de año y medio que Ganivet ha abandonado la ciudad, Anton de la Universidad de Jena, pone de actualidad la polémica sobre los modos de colonización francés e inglés, de la asimilación y del gobierno indirecto, con el ejemplo de fondo de la colonización del Canadá. Ya desde antiguo, arguye Anton, se hicieron obvias las intenciones de Francia en relación con el régimen colonial: “El Canadá, pues, no estaba destinado a constituir una propiedad del Estado francés, sino que debía ser una parte integrante del mismo. Queríase fundar una Francia ultramarina, una nueva Francia que, ligada a la madre patria del modo más íntimo, constituyese la sólida base de un Imperio universal francés y eclipsara la gloria de España” (Anton, 58). En Ángel Ganivet todas estas tomas de posición frente al problema

colonial están presentes, explícita o implícitamente. En su ánimo, el derrumbe del imperio colonial español, y la relevancia de su devenir personal y diplomático en el centro de una metrópoli colonial naciente, tiene un peso obvio, que la crítica ganivetiana, de carácter fundamentalmente intertextual, no ha hecho notar de manera suficiente.

4. Se han documentado correctamente las influencias directas que *La conquista...* tuvo: desde la lectura de algunos tomos de aventuras editados en Barcelona, hasta los viajes coetáneos de Stanley, pasando por la literatura de Swift y Defoe. También se ha enfatizado bastante el papel biográfico que en el surgimiento de *La conquista...* tuvo la visita de Ganivet a un “español” nicaragüense, que después de mil peripecias por África, agonizaba en el hospital de Amberes en mayo de 1893, tan pobre como al inicio de su existencia. Pero lo destacable de la obra de Ganivet, es que no está rodeada de un pensamiento exotista y colonialista, como ocurría en otros países de Europa, sino que es una obra singular, escrita hasta cierto punto en el vacío en cuanto a modelos autóctonos, y que deberá tomar sus referentes siempre en la literatura exterior. Su verdadero motor interno es el “humor negro” que usa de las comparaciones crueles, para hacer valer las profundas contradicciones políticas de la sociedad española de su tiempo, en las que se acusa la crisis finisecular. Las técnicas satíricas responden en ocasiones incluso textualmente a un seguimiento de Swift, técnicas que alcanzan su cenit en “El sueño de Pío Cid”, donde Hernán Cortés, el protagonista, deja claro que todo lo precedente no es otra cosa que una ilusión, con una evidente alusión al “velo de Maya”. Alusión empleada luego para construir el título, al que Ganivet otorgaba gran importancia simbólica (Franco, 44). Al final de la obra la ilusión del conquistador y héroe africanista acaba en la mesa del pequeño funcionario, colocado por el cacique de su

pueblo, que escribe con papel prestado del Ministerio: "Allí, con papel, tinta y plumas del Estado he ido urdiendo esta relación de mis aventuras y descubrimientos, destinada en principio a quedar manuscrita, para uso reservado de mis parientes y amigos" (Ganivet 1897, 365). Toda una radical crítica a la ausencia de horizontes de la sociedad española de la época, sometida a la corteidad de miras de los caciques locales.

Ganivet está bien informado del día a día español mediante la lectura de la prensa que se recibe en el consulado. Además la figura del canciller no puede por menos que recordarle diariamente los muchos problemas que aquejan a la administración política española, en cuanto a venalidad se refiere. De ahí que cuando el Ministerio apruebe el presupuesto de 1893 para el cuerpo diplomático, se permita hacer el siguiente juicio crítico, y de trasfondo africanista: "A algunos cónsules les rebajan un poco los gastos de representación y a suprimir siete consulados más inútiles aún que éste, creando en cambio uno muy necesario en Zanzíbar (África oriental), al que yo iría con gusto" (Herrero 1967, 147). África está, por tanto, omnipresente más allá de toda retórica literaria en la mente de un Ganivet que deambula por una ciudad y un país inmersos de pleno en la colonización del corazón de África.

En diferentes textos Ganivet se muestra partidario de la colonización africana por razones de oportunidad histórica. Sin embargo, en lo más profundo de sí, duda también de esta aventura, y así lo refleja en esa obra escrita radicalmente, como todas las suyas, que es *La conquista...* "Para Pío Cid (...) la conquista, la innovación civilizadora tiene el enorme riesgo, que se confirma al final, de una disolvente actitud individualista, en vez de una fuerza colectiva cohesiva" (Entrambasaguas, 1200). Arguye ante Unamuno que aunque no nos asistiera el derecho colonial emanado de la Conferencia de Berlín de 1885, por la que se acometió el reparto de África, si España tuviese la suficiente fuerza para

iniciar su expansión africana, “me comprometería a inventar media docena de teorías nuevas para que nos quedáramos legalmente en cuanto se nos antojara” (Ganivet 1977, 175). Incluso llega a decirle a Unamuno que “si yo dispusiera de capital suficiente (...) fundaría en Granada una escuela africana, centro de ‘estudios’ activos, según una pauta que tengo muy pensada y con la que creo había de formarse un plantel de conquistadores de nuevo cuño, de los que España necesita”. Empero esos conquistadores de Ganivet, no pretenden asemejarse a los colonizadores modernos, ya que dice que no estamos dotados para hacer esas colonizaciones sobre todo comerciales, y que es preferible nuestro sistema “a la antigua”, más radicalmente civilizador. Para Ganivet “civilizar” significa convertir a los tagalos o guaraníes en personas y no en pseudoespañoles, según relata en el *Idearium*. El trasfondo contextual de *La conquista...* como del *Idearium* es la misma: la necesaria “invención” o “reinención” de España, un país en retroceso, que debe oponer a Europa la superioridad de su sistema de conquista entre otras cosas, porque para Ganivet existe un engaño “que supone creer que la civilización europea es superior, sobre todo en cuanto a su confianza en el valor del progreso material basado en la tecnología y la economía mercantil” (Fox, 125). Su crítica al utilitarismo europeo es una constante en toda su obra; de ahí que la reinención de España pase necesariamente por la reconsideración de sus tradiciones políticas, y no por la emulación de Europa.

Para marcar las diferencias entre España y los otros países colonizadores, en sus disquisiciones en el reino de Maya hablará de un estadio erótico de la civilización, según él, el más noble, si hemos de compararlo con el que más detestaba, el comercial. Respecto al sultanato de Zanzibar dirá: “Estos jefes [europeos], pasado el primer ímpetu guerrero, y no llegados aún a la última y más indigna fase de la colonización, la explotación comercial, se

hallan en el período que pudiera llamarse erótico, el más bello de todos. Su afición actual es el mejoramiento de la raza por el sistema más recomendado por los antropólogos: el cruce” (Ganivet 1897, 376). Ganivet estaba, por consiguiente, en las antípodas del pensamiento raciológico de Gobineau, quien medio siglo antes había sostenido que era en la mezcla donde esperaba la corrupción civilizatoria. Este, el estadio erótico de la colonización, pudiera haber sido una de la media docena de teorías que proponía inventar para justificar la penetración española en África.

Algunas de las ideas avanzadas por Ganivet en su obra, referidas al paso del estado de naturaleza al de cultura, nos han de descubrir las maneras de concebir lo primitivo por este autor. Respecto al primitivismo en el que viven los pueblos ruandeses a los que llama “mayas”, indica que carecen de “pudor”, una de las características más acusadas de la sociedad occidental: “El pudor no existe, quizás porque la piel, sin ser negra, es excesivamente morena y carece de matices para reflejarlo. De esta observación he deducido yo que acaso lo que llamamos pudor, sea más que una cualidad espiritual, una propiedad del cutis, una caprichosa irritabilidad del tejido pigmentario” (Ganivet 1897, 41). El pudor era uno de los motivos más recurrentes para explicar el surgimiento del vestido y de la ritualidad social, doblegadores de la promiscuidad desmedida. Ganivet tendrá esto presente más adelante cuando contemple a los finlandeses desnudos en las saunas, y convega en la naturalidad de esa desnudez. Poligamia y polian-dria, prácticas comunes de los mayas ruandeses, son asociadas a estadios no pudorosos de primitivismo por Ganivet. La representación imaginaria de una humanidad precivilizada y libre de prejuicios sexuales pesa sobre un Ganivet que vive una relación social considerada adultera con Amelia Roldán, la cual da a luz a sus dos hijos en París para evitar el escándalo de tenerlos que inscribir en el mismo consulado de Amberes. Ganivet vierte parte de

sus problemas vitales y existenciales en lo que escribe, pero también lo hace en el debate sobre los modos de colonización, haciéndose partícipe de los estereotipos sobre el primitivismo –salvajismo, bestialidad, promiscuidad, canibalismo, etc.–, empleándolos como contrapunto para trazar sus teorías de las reformas sociales. El primitivismo de Ganivet no es buensalvajista; matriz del exotismo europeo, tiende más bien a explotar el lado grotesco de ese estado con fines satíricos. La ausencia de “pudor”, verbi gratia, siendo una de las características que se le otorgan al primitivismo, pone también de actualidad la hipocresía social, que desgarró a Ganivet en sus cotidianas relaciones maritales con Amelia Roldán. El primitivismo es el contrapunto a los constreñimientos pequeñoburgueses.

Ganivet proyecta, de una manera hasta cierto punto desordenada, sus ideas sobre reformas sociales, economía, introducción del estiércol y de las conducciones de agua, etc. en esta novela, cuya base documental encuentra en lo fundamental en los relatos de viaje del intrépido aventurero Henri Stanley. Explotó Stanley, en lo esencial, la imagen “tenebrosa” de África (Stanley), que luego Ganivet parafraseándola recogió incluso en los detalles lingüísticos. Llama la atención al respecto la inmediata idealización del suicida de Riga por parte de sus amigos, cuando Navarro Ledesma en la introducción a la edición de su correspondencia con Ganivet, expone que este hubo de aprender realmente bantú y otras lenguas africanas para acometer la escritura de *La conquista...* En la práctica, como demostró Osborne, Ganivet copia los términos ruandeses empleados por Stanley en sus relatos, dándoles simplemente una ortografía castellanizada (Osborne).

La mitografía sobre el autor unida a la intertextualidad, es decir, la lógica del “collage” del discurso literario, poco pueden alumbrar del carácter disperso y compulsivo de esta como de otras obras ganivetianas, cuya razón última reside en el contexto

vital e histórico de la época que le tocó vivir. Este es el único “palimpsesto” que podemos interpretar en su literatura. Su modalidad de parodia, género nuclear de *La conquista...* está más cerca del “pastiche satírico” que de la parodia propiamente dicha o del travestimiento, según la clasificación realizada por Genette (Genette, 39 ss.). Pretendiendo la obra atender a los cánones de las transformaciones satíricas, queda en mi opinión, por la recurrencia exhaustiva a las fuentes precitadas –Swift y Stanley, principalmente–, en el ámbito de la “imitación”, o sea, del referido pastiche satírico. Ello no le quita valor a la novela, única en un tiempo en que los exotismos estetizantes y el aventurerismo colonial triunfan como géneros estéticos, con resultados mucho más dudosos. El autor, desconcertado ante la ausencia de esfuerzo conceptualizador en España, quiere dar un cuadro total de la crítica política, social y diplomática, empleando un género desconocido entre sus coetáneos. Se esfuerza por ser original, en una palabra. Pero sólo hemos de comprenderlo partiendo de la exterioridad de la obra, que en sí misma no alcanza las cumbres de la sátira sociopolítica, y cuya intertextualidad es por esto relativamente pobre y desordenada. No así su contextualidad, cargada de sentido histórico y antropológico, uno de cuyos máximos valores es haber captado el debate sobre los modos de colonización en su plenitud, sabedor de que allí se libraba la batalla del ensimismamiento o la apertura de la España de fin de siglo.

#### OBRAS CITADAS

Anónimo, “El Estado independiente del Congo en 1891”, en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo 31, Madrid, 1891, 119-147.

- Anton, G.K., "Paralelo entre la colonización moderna y la del Antiguo Régimen demostrado por el ejemplo de las colonizaciones francesa e inglesa en el Canadá", en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo 41, Madrid, 1899, 56-83.
- Astier Loufti, Martine, *Littérature et Colonialisme. L'expansion colonial vue dans la littérature romanesque française, 1871-1914*, París, Mouton, 1971.
- Casas Gaspar, Enrique, (1930) *El origen del pudor*, Barcelona, Alta Fulla, 1989.
- Cervera, Francisco, "Ganivet, cónsul", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3ª época, año 29, 1925, 166-179.
- Coquery-Vidrovicht, C. & Moniot, H., *África negra de 1800 a nuestros días*, Barcelona, Lábor, 1976.
- Entrambasaguas, Joaquín de, Introducción a *La Conquista del reino de Maya...*, en *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo 1, 1895-1899, Barcelona, Planeta, 1973.
- Fernández Sánchez-Alarcos, Raúl, *La novela modernista de Ángel Ganivet*, Granada, Diputación, 1996.
- Fieldhouse, David K., *Economía e Imperio. La expansión de Europa 1830-1914*, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- Franco, Jean, "Ganivet and the technique of satire in 'La conquista del reino de Maya'", en *Bulletin of Hispanic Studies*, 42, 1965, 34-44.
- Gallego Morell, Antonio, *Ángel Ganivet. El excéntrico del 98*, Granada, 1965.
- , *Sobre Ganivet*, Granada, Universidad, 1997.
- Ganivet, Ángel, *La conquista del Reino de Maya por Pío Cid*, Madrid, Ribadeneira, 1897.
- , (1898) *Idearium español. El porvenir de España*, Madrid, Austral, 1977.
- García Figueras, Tomás, *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, Madrid, 1966.

- Genette, Gérard, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, París, Seuil, 1982.
- Girardet, Raoul, *L'idée colonial en France de 1871 à 1962*, París, Table Ronde, 1972.
- González Alcantud, José Antonio, *La extraña seducción. Variaciones sobre el imaginario exótico de Occidente*, Granada, Universidad, 1993.
- , “Entre la antropología y la literatura: escrituras sobre el África negra: describir, imaginar, analizar, transgredir”, en Lisón Tolosana, C. (ed.), *Antropología y literatura*, Zaragoza, Diputación General, 1995, 167-187.
- Herrero, Javier, “Ganivet y su canciller en Amberes”, en *Revista Hispánica Moderna*, Tomo 30, 1964, Hispanic Institut, New York, 271-278.
- , *Ángel Ganivet. Correspondencia familiar. Cartas inéditas, 1888-1897*, Granada, 1967.
- Fox, Edward Inman, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Labra, Rafael María, *La crisis colonial de España. 1868 a 1898. Estudios de política palpitante y discursos parlamentarios*, Madrid, 1902.
- López Morillas, Juan, *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, México, FCE, 1980.
- Moura, Jean-Marc, *Lire l'Exotisme*, París, Dunod, 1992.
- Navarro Ledesma, Manuel, *Epistolario*, Madrid, L. Williams, 1904.
- Nederveen Pieterse, Jan, *White on Black. Images of Africa and Blacks in Western Popular Culture*, New Haven, Yale U.P., 1992.
- Merle, Marcel & Mesa, Roberto (sel.), *El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a Marx*, Madrid, Alianza, 1972.
- Osborne, Robert E., “Ángel Ganivet and Henri Stanley”, en *Hispanic Review*, 23.1, 1955, 28-32.

Poitevie, Prosper, "L'Inde anglaise", *L'Exposition Universelle de 1867 illustrée*, s.l., s.f.

Saussure, Léopold de, *Psychologie de la Colonisation française, dans ses rapports avec les sociétés indigènes*, Paris, 1899.

Segalen, Víctor, *Essai sur l'exotisme*, París, Fata Mirgana, 1978.

Stanley, S. Henri, (1890) *Viaje al África tenebrosa en busca de Emin Bajá*, Madrid, Anjana, 1983.

